

Los hebertistas temblaron. Robespierre atacándolos cuerpo á cuerpo en los Jacobinos, pulverizó todas sus mociones y espulsó á todos sus agentes. Refugiados en los Franciscanos, pasaron de la ira á las quejas, y de las amenazas á las súplicas. Saint-Just, encargado por Robespierre de comentar sus principios de gobierno en unos informes en los cuales la palabra hería como un cuchillo y era concisa como la voz de mando, leyó á la Convención estos oráculos. El primer informe concernía á los detenidos: «Habeis querido una república, decia Saint-Just, y si no quereis al mismo tiempo lo que la constituye, esta envolverá al pueblo en sus ruinas.»

Estas demostraciones de severidad por parte de Saint-Just, hicieron creer á los partidarios de Hebert que la comision de salud pública temblaba ante ellos y que afectaba su lenguaje para amortiguar su oposicion. Couthon se hallaba en cama, por haberse agravado sus achaques. Robespierre tambien se hallaba enfermo hacia unos cuantos dias, y no podia asistir á la comision; motivo por el cual sus enemigos podian intentarlo todo impunemente.

Provocado Hebert por Ronsin y Vincent, proclamó en los Franciscanos la necesidad de una insurreccion. A esta palabra palidecieron todos los semblantes y los clubistas se salieron del salon uno tras otro. Vincent hizo vanos esfuerzos por tranquilizar á los débiles y por contener á los tráfugas; y en vano tambien cubrió con un crespon negro la estatua de la libertad. Solo la seccion de la Unidad, en donde dominaba Vincent, fué á fraternizar con ellos. La mayor parte de la seccion permaneció inmóvil. El mayor número, sabiendo la enfermedad de Robespierre, manifestó su inquietud y su alarma por una vida que era á sus ojos la vida de la república. Las secciones nombraron unos comisionados para que fuesen á informarse de la salud de Robespierre y les diesen parte del estado de su enfermedad. Esta afluencia espontá-

nea del pueblo á la puerta de un simple ciudadano, dió á conocer á Robespierre su omnipotencia política.

Danton era á no dudarlo admirado por el pueblo, pero este no le honraba como á Robespierre.

«Yo soy un ejemplo de la justicia del pueblo, propia para animar á sus verdaderos servidores, dijo Robespierre á Duplay cuando le anunció la visita de los comisionados, hace cinco años que él no me ha abandonado ni un solo día á mis enemigos; irá á buscarme en todos sus peligros hasta en la misma muerte. ¡Ojalá que algun dia no sea yo un funesto ejemplo de su veleidad!»

## XXII.

Encargado Collot de Herbois por la comision de salud pública de reemplazar á Robespierre en la sesion de los Jacobinos, habló vagamente de las agitaciones del pueblo suplicando á los buenos ciudadanos que permaneciesen tranquilos y unidos al centro del gobierno. Como cómplice del movimiento de Hebert si este movimiento hubiera tomado mayores proporciones, Collot de Herbois lo sofocó porque habia abortado. Fouquier Tinville fué llamado por la Convencion para dar cuenta de las disposiciones del pueblo. Saint-Just dió su informe fulminante contra las supuestas facciones del estrangero, implicando en ellas á Chabot, Fabre de Eglantine, Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Dueroquet, el coronel Saumur y algunos otros intrigantes oscuros de la faccion de los franciscanos, y fingió confundirlos con los realistas. «En dónde está, dijo, la roca Tarpeya! Se engañan los que esperan de la revolucion el privilegio de ser con el tiempo tan perversos como la nobleza y como los ricos de la monarquia. Un arado, un campo, una cabaña al abrigo del fisco y una familia libre de la lubricidad de un malvado, he aqui la

verdadera felicidad. ¿Qué queréis vosotros los que correis por las plazas públicas para haceros mirar y para que digan de vosotros, ¡ved á fulano que habla; ved á zutano que pasa? ¿Queréis dejar el oficio de vuestro padre para convertirnos en hombres de influencia y en insolentes al pormenor? ¿Sabéis cuál es el último partido de la monarquía? La clase que no hace nada, que piensa mal y que pasea por todas partes su fastidio, su ánsia de goces y su disgusto de la vida común y cuyos individuos se preguntan mutuamente: ¿Qué hay de nuevo? La que hace suposiciones, la que pretende adivinar lo que hará el gobierno, la que siempre está pronta á cambiar de partido por curiosidad. Estos son los hombres á quienes es necesario reprimir. Otra clase hay también corrompida, que son los funcionarios. Al siguiente día al en que un hombre de estos obtiene un empleo público, anda á caza de un palacio, recibe servidumbre, y á su muger se la vé cargada de joyas; el que ayer no era nada, sube desde el patio á los palcos mas lujosos del teatro; y para saciar la ambicion de ambos consortes y sostener su lujo, es necesario mover cada dia una nueva revolucion.

«El deseo de adquirir renombre, hace tantos mártires como el de adquirir riquezas. Hombre hay que como Erostrato quemaria el templo de la libertad con tal que se hablase de él. De aquí las tempestades formadas con tanta frecuencia. Otro, que se cree ser el mejor y el mas útil de todos los patriotas, pretende que la revolucion está concluida y que es necesario dar una amnistia á todos los malvados. Esta proposicion oficial es acogida por todos los interesados, y he aquí un héroe. Estableced limites á la autoridad, prosiguió Saint-Just, porque el espíritu humano los tiene, y el mundo reconoce tambien los suyos, mas allá de los cuales están la muerte y la nada: la sabiduría los tiene asimismo. Mas allá de la libertad, está la esclavitud, como mas allá de la naturaleza está el caos. Estos tiempos difíciles pasarán. ¿No estais viendo

el sepulcro de los que conspiraron ayer? Se han tomado medidas para asegurar á los culpables, y ya están cercados.»

El momento supremo se aproximaba. Por la noche Ronsin, general del ejército revolucionario, Hebert, Vincent, Momoro, Ducroquet, Cook, banquero holandés; Saumur, coronel de infantería y gobernador de Pondichery; Leclerc, Pereyra, Anacharsis Klootz, Desfieux, Dubuisson, y Prolý, fueron presos y conducidos á la Consergería. Cayeron como unos criminales ordinarios y no como unos conjurados políticos. Acogidos con aplausos irónicos y con silbidos de desprecio en las cárceles que habian llenado de víctimas, no tuvieron ni los consuelos de la piedad, ni el decoro de la desgracia. Estos hombres se lamentaban y Horaban como niños. Un espía de Robespierre encarcelado con ellos como si fuera cómplice suyo á fin de que revelase sus confidencias, relata así su actitud en los partes secretos de la comision de salud pública. «Solo Ronsin, dice, ha demostrado firmeza; como viese escribir á Momoro:—¿Qué escribes? le dijo, todo eso es inútil. Este es un proceso político. Habeis hablado mucho en los Franciscanos cuando era necesario obrar. Sin embargo, tranquilizaos, añadió dirigiéndose á Hebert y á Vincent, el pueblo y el tiempo nos vengarán. Tengo un hijo que he adoptado y al cual he inculcado los principios de una libertad ilimitada. Cuando sea grande no olvidará la muerte injusta de su padre. El será quien dé de puñaladas á los que nos han hecho morir; para esto no se necesita mas que un puñal. Es necesario morir.»

## XXIII.

Los hebertistas fueron al cadalso en la mañana del 24 de marzo de 1794 en cinco carretas. La multitud no los honró siquiera con su atencion. Solamente cuando vie-

ron pasar la última carreta que conducía á Anacharsis Klotz, á Vincent, Ronsin y á Hebert, algunos hombres apostados, que llevaban en la punta de un palo unos hornillos encendidos, símbolos parlantes de los hornillos del carbonero de *El padre Duchesne*, los aproximaron á la cara de Hebert insultándole con las mismas burlas, con que él había insultado á tantas víctimas. Hebert parecía insensible, Vincent lloraba, y Anacharsis Klotz conservaba en sus facciones la calma imperturbable de su sistema. Sin hacer caso de la bulla de la multitud, predicó el materialismo á sus compañeros de cadalso, hasta el borde de la nada.

Así concluyó este partido, mas digno del nombre de banda que del de facción. El aprecio que tenía Robespierre á Pache lo salvó de esta proscripción. Robespierre no encontró al corregidor de París tan perverso ni tan audaz, que pudiese inquietar al gobierno. Diezmado el consejo del ayuntamiento, Pache no era en la casa de la ciudad sino un ídolo sin brazos, muy á propósito para asegurar la obediencia del pueblo á la Convención. Poco después fueron presos Chaumette, el obispo Gobel, Herault de Sechelles, y Simon su colega en la misión de Saboya. Así desaparecían uno á uno todos los apoyos que podían quedarle á Danton. Este nada veía, ó en la imposibilidad de impedirlo, afectaba no ver nada.

Encerrado Robespierre en su retiro después de su victoria sobre los hebertistas, proseguía su plan de depuración de la república. Por su propia mano escribió un proyecto de informe sobre el asunto de Chabot, que después se encontró sin concluir entre sus papeles. Este informe que pintaba unas miserables intrigas, como atroces conspiraciones, hacía de Chabot un conjurado, cuando no era mas que un alma vulgar. La sombría imaginación de Robespierre todo lo agrandaba; su política, de acuerdo con sus sospechas, creía en la necesidad de mantener en gran terror á la Convención, para disponerla á grandes

sacrificios y para arrancarla al mismo Danton, favorito de la Montaña.

«Los representantes del pueblo, decía Robespierre en el informe, no pueden hallar la paz sino en el sepulcro; los traidores mueren, pero las traiciones sobreviven.» Después de esta esclamación de desaliento, sondeaba las miserias de la patria, las debilidades de la Convención, y la corrupción de muchos de sus miembros, atribuyéndolas todas á un plan inspirado por los extranjeros para seducir y estraviar á la república, para conducirla por medio de los vicios, de los desórdenes y de la traición, hasta la monarquía. Refería en seguida, de que modo Chabot, seducido ó cómplice, se había casado con la hermana del banquero austriaco Frey, y recibido en dote doscientos mil francos; cómo había sido encargado de corromper á precio de oro al diputado que debía informar sobre la compañía de las Indias, para favorecer los intereses de especuladores extranjeros, y en fin, cómo había venido Chabot cuando ya no era tiempo, á denunciar esta maniobra en la que él tomaba mucha parte, á la comisión de seguridad general. Este informe fué interrumpido por la indisposición de Robespierre; pero Fabre de Eglantine, Bazire y Chabot, presos por orden de la comisión como sobornados ó como seductores, entraron en los calabozos. Los nombres de aquellos tres diputados que sabían estaban unidos íntimamente con Danton, parecían indicar á la opinión pública que los satélites de aquel personaje no eran muy puros, que sus amigos no eran inviolables, y que las conspiraciones tal vez remontaban hasta él.